

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por seis id. 21 »
Por un año 40 »
Sale los miércoles y sábados: venta pública
os jueves y domingos.
La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se
reciba con el aviso, en libranza o sellos. La
correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis-
tracion. . . . . 15 reales.
Por seis id. . . . . 28 »
Un año id. . . . . 50 »
ESTRANJERO, tres meses. . . . . 30 »
ULTRAMAR, un año. . . . . 6 pesca.
Se suscribe en la Habana: Propaganda lite-
raria, calle de la Habana, núm. 100.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado
costará un real más en Madrid y dos en pro-
vincias.

GIL BLAS

(SEGUNDA EPOCA)

LO QUE CORRE POR AHI

Hay dias en que, sin que un ciudadano sepa darse
cuenta de ello, todo nos sale a pedir de boca.

Y precisamente me encuentro en uno de esos dicho-
sos dias.

Aprovechemos, pues, los instantes, y pasemos una
ligera revista a los acontecimientos que se nos vienen
encima.

No sé si todos Vds. han visto en el circo del Prin-
cipe Alfonso a los hermanos Vilespy; si no los han
visto les aconsejo que los vean y pasarán un rato di-
vertido.

Acostumbrados a las habilidades de los gimnastas,
a los ejercicios de las amazonas, a los peligrosos equi-
librios de los hermanos Segundo, y a las revistas de
toros de un amigo mio, nada más natural que me de-
jase sorprender por la gracia de los hermanos Vi-
lespy.

Estaba yo muy descuidado en la butaca con el bas-
ton en la mano y el cigarro en la boca la primera vez
que los vi, y así que empezó el diálogo del sombrero,
empecé a dar vueltas en mi asiento como un lugareño
que saborea las primicias de un espectáculo.

Así me divertía en los que ahora llamo buenos tiem-
pos, y entonces llamaba malos, porque siempre el
tiempo pasado tiene su encanto especial.

¿Quién de nosotros no recuerda la edad en que asis-
tia a esta clase de espectáculo con el corazon estreme-
cido y los ojos acandilados?

La primera compañía de caballos (así se la llama-
ba) que pasó por mi pueblo, tenia una costumbre que
ya se ha perdido del todo en las grandes poblaciones.

La funcion se daba por las tardes, y media hora an-
tes de empezar, salian por las calles del pueblo todos
los artistas, vestidos ya para trabajar, en sus corres-
pondientes caballos, precedidos de un tambor y una
trompeta.

Aquella trompeta y aquel tambor sonaban en mi
oido como la mejor música de Meyerbeer ó Rossini.

¿Qué era ver aquella vistosa y elegante tropa con
sus mil colorines, anunciando el espectáculo y prome-
tiendo a la imaginacion un mundo de felicidad!

¿Quién podria resistir tanto atractivo, quién podria
negarse a una invitacion tan galante?

Por otra parte, la entrada solia costar dos reales, y
un real para los muchachos.

Detrás de la comitiva íbamos todos los chicos del
pueblo dando voces y saltos y prometiéndonosla muy
felices.

Entrábamos detrás de ellos en el circo, y poco des-
pues la misma trompeta y elmismo tambor anuncia-
ban que iba a darse principio a la fiesta.

¡Ah, nunca lo olvidaré! La eterna mogiganga del
hombre gordo era nuestro mayor encanto.

Despues la he visto repetidas veces en nuestros cir-
cos, pero no me parecia la misma: ó ella ó yo habia-
mos cambiado.

Salía un hombre y empezaba a dar saltos sobre el
caballo cuando le apostrofaba otro hombre gordo co-
locado entre los espectadores.

El que iba a caballo se burlaba de él, pero el hom-
bre gordo se lanzaba a la arena dando tumbos y ha-
ciéndonos reventar de risa.

Intentaba subir al caballo, y se caía dando vueltas
como una pelota.

Por último, agarrado a la clin y haciendo esfuerzos

grotescos lograba sostenerse y hasta conseguía poner-
se de pie.

En esta postura empezaba a despojarse de su ropa
y se quitaba como unos treinta chalecos, hasta que se
quedaba en el poético traje que todos conocemos.

Los gritos y los aplausos a cada chaleco que se qui-
taba no reconocian limites.

Nuestra alegría era inmensa, y apenas podiamos
respirar, siguiendo con los ojos los movimientos del
artista.

Aquel tiempo pasó.

Y, sin embargo, cada vez que un clown hace una de
las suyas, oírán Vds. las francas carcajadas de los
chiquillos, que nos recuerdan las nuestras.

El mérito de los hermanos Vilespy hace que me
olvide de los cuidados serios y me ria como en los
mejores tiempos.

Y lo que a mí me sucede, veo que les sucede a to-
dos los espectadores.

El juego del sombrero, que tantas veces hemos vis-
to, hecho por estos, nos hace reír por lo bien que sa-
ben sazorarlos con las gracias del diálogo.

Cada vez que dicen:

—¡Pipino, tu mi donai il capello!

es un nuevo motivo de risa, y nadie desconocerá que
esto es un triunfo despues de haber visto tanto clown
como en Madrid ha hecho las delicias de los especta-
dores en los últimos años.

El desafío al trompis, el pito tocado con el fuelle,
el trombon y las campanas son tambien juegos que
nos divierten, y hay noche que el público los hace
repetir hasta que los artistas caen rendidos de can-
sancio.

Dicen algunos que el público es caprichoso y que
por esta razon le da este año por asistir al circo del
Principe Alfonso.

No tengo interés alguno en contradecir este aserto;
pero como la experiencia me ha hecho observar que
el público va a donde se divierte; no me estraña la
ferencia que da al circo.

Luis Rivera.

DESDE EL SUIZO A LA SUIZA

En el tren.

Dicen de que no es triste
la despedida,
dite al que te lo ha dicho
que se despida.
(Copla popular.)

Y por qué razon al salir de ese café Suizo, que ha sido
objeto del prólogo de este libro, y al dirigirme rodeado
de cuatro ó seis amigos a la estacion del Mediodía, sentia
yo algo que, si no era tristeza, se le parecia mucho?
Tal vez era que me dejaba en Madrid pedacitos del
alma, y ya deseaba volver a recobrarlos.

La estacion presentaba un aspecto sui generis, capaz
de hacer olvidar, siquiera por momentos, el dolor de la
partida.

Era la hora en que salian varios trenes, y era un dia
en que salía mucha gente. Gente que iba de prisa y cor-
riendo, y hasta juraría que mirando hácia atrás, y di-
ciendo: ¡huyamos!

¡Madrid está tan triste en estos veranos modernos!
¿Quisiera yo ser viejo para poder decir: «En mis tiem-
pos, el verano era otra cosa!»

Sonó la campana, abracé sin compasion a diestro y si-
niestro, pasé el anden, y me metí en un wagon apresu-
radamente.

Antes de sentarme, asomé la cabeza por la ventanilla
para dirigir a Madrid la última mirada.

Y me acomodé en un rincón por lo que pudiera su-
ceder.

Mis compañeros de wagon eran un señor coronel de
aspecto grave y estrictamente militar; un caballero mo-
reno, con guantes oscuros; un muchacho que dormia
anticipadamente, y un robusto ciudadano, que desde
aquel instante se debió prometer a sí mismo dormir
mientras le quedara una gota de sangre.

Ya iba a partir el tren, cuando se presentó en la por-
tezuela un industrial con algunos libros en la mano.

—¡Libritos para el viaje, caballeros!—dijo—novelas
de Alarcon, de Campoamor, de Eusebio Blasco...

Lo confieso, tuve un ligero ataque de sofocacion, que
no se notó por ser de noche. El caballero de los guantes
oscuros dijo:

—¡Pues no lleva usted poca materia!

Me atreví a hacerle esta pregunta al caballero de los
guantes oscuros:

—¿Conoce Vd. algo de lo que vende ese hombre?

—Sí, algo conozco.

—Los libros de Eusebio Blasco...

—¡Pst! Son entretenidos.

¡Horror! dije para mis adentros; así llamo yo a ciertas
mujeres!

En tal punto la locomotora dió al aire su grito de des-
pedida, y partimos.

Bonito viaje! El señor coronel tendido en uno de los
almohadones, el viajero robusto acostado en otro, el mu-
chacho dormido en un rincon, y el caballero de los guan-
tes oscuros dormitando a mi lado.

Uno de los alimentos de primera necesidad para el
camino es la conversacion, y me vi condenado al ham-
bre de la palabra.

Si hubiera venido con nosotros una mujer, es induda-
ble que no hubiera habido silencio.

Pero nada, estaba de Dios que mi viaje primero care-
ciese de aventuras, y hasta de monosílabos.

Me dediqué a la observacion, y por de pronto hice un
curioso estudio.

Las cuatro personas que me acompañaban (aunque
voy creyendo que yo era quien las acompañaba a ellas)
dormian; y cada una dormia de diferente manera.

Es, en verdad, original eso de que cada individuo
tenga, además de su manera especial de ser, su modo
especial de no ser, ó de dormir, que todo viene a ser lo
mismo. Nadie me negará que el sueño es la caricatura
de la muerte.

El señor coronel dormia a medias, porque no tenia
más que un ojo cerrado, cosa que no me sorprendió, por-
que recordé en seguida a nuestro incomparable poeta
García Gutierrez en aquellos versos:

Los soldados, ¡ya se ve!
nos acostamos de un pié
y nos dormimos de un ojo.

Indudablemente, los soldados se deben dormir del ojo
derecho, supuesto que los coroneles, que en algo se han
de distinguir del soldado raso, se duermen del ojo iz-
quierdo; a lo menos los que viajan desde Madrid a Ali-
cante.

El muchacho del sueño adelantado tenia cerrado ojo y
medio, y además enseñaba los dientes. De cuando en
cuando levantaba un pié y me lo plantaba encima ha-
ciéndome ver las estrellas. ¡Oh dichosa edad!

El viajero robusto era la verdad dormida. Los dos
ojos cerrados, la boca entreabierta, la respiracion rui-
dosa, y el ronquido clásico.

En cuanto al caballero de los guantes oscuros, repre-
sentaba allí la última novedad en materia de sueño. Eso
que los franceses llaman reverie, y un sueño además de
etiqueta, ó de duelo; el sueño con guantes.

Observando estas pequeñeces se me hizo breve el tiem-
po. Una humedad agradable que se colaba por las venta-
nillas del wagon con gran frescura, me hizo conocer que
estábamos en Aranjuez. El padre Tajo saludaba nuestra

llegada, ese río imprudente que sacó fuera la cabeza para decirle al rey Rodrigo que se estaba estralimitando.

—¡Fresas! gritaban algunos vendedores á las puertas del tren.

La hora no era muy á propósito para fresas, que digamos.

Mis compañeros de wagon se despertaron. Uno de ellos, el muchacho, bajó al andén, y á estas fechas no se ha vuelto á saber de él. Es de suponer que esté durmiendo. ¡Oh edad dichosa!

Á la una estábamos en Alcázar.

La estación de Alcázar (sirva de aviso á los que no hayan pasado nunca por ella), es uno de los puntos más á propósito para quedarse una temporadita. Y no es que la campiña brinde placeres á los corazones melancólicos, ni es que la población tenga atractivos para el viajero, ni es otra cosa por el estilo. Es que allí se descuida usted un minuto, y el tren en que Vd. iba ó venía se marcha sin decir á Dios, y Vd. se queda para muestra. Verdad es que le queda á Vd. el recurso de no descuidarse y de subir pronto al wagon; lo único que puede sucederle entonces, es que si Vd. iba, por ejemplo, á Valencia, al final de su viaje se encuentre Vd. en Córdoba ó en Sevilla, que viene á ser lo mismo. Todo es España.

No puede darse confusión mayor que la que reina entre los viajeros que se reúnen en aquél punto. Allí acuden trenes de varias líneas á la misma hora. Los viajeros bajan á tomar algo en la fonda, los camareros dicen á todo el mundo: «No tenga Vd. cuidado, hay tiempo,» y cuando el viajero sale, los trenes, que han hecho una porción de maniobras hácia atrás y hácia adelante, están... desconocidos. Á unos les añaden coches, á otros les quitan. Cuando yo volví á recobrar mi tren lo encontré muy desmejorado.

No fué poca fortuna encontrarle; un minuto más y me quedo en tierra. El tren volvió á emprender su veloz carrera, y aspiré el aire fresco de la noche.

Ya el paisaje había variado completamente. Por donde quiera que se tendía la vista se encontraba lo mismo. ¿Sabes, lector, lo que se veía? Nada.

Á pesar de la clarísima luz que derramaba la luna, la vista no tropezaba con objeto alguno. Un terreno llano como un pliego de papel, blanquecino, inmenso. El mar en la tierra. El desierto en medio de España. Estábamos en la Mancha.

La Mancha es un país desesperador. Ni un árbol, ni una planta, ni un montecillo, ni siquiera un banco. Llanura, llanura, y siempre llanura.

Por fin, y al cabo de mucho rato, pude distinguir un bulto, que á medida que fué estando más cerca de nosotros, ó nosotros de él, me permitió adivinar lo que era. ¡Un molino de viento! Estábamos, pues, en el teatro de D. Quijote.

¿Qué sería la Mancha sin ese famoso caballero de la Triste figura?

Á cada momento se me antojaba que iba á presentarse el grupo inmortal; ya estaba yo dispuesto á gritar: «¡Eh! ¡Eh! alto, señor caballero, no intente cortarnos el paso, que este monstruo espantable, objeto de tal furia, no es sino un tren-correo que debe llegar á Alicante mañana á medio día!»

¿Qué hubieran dicho D. Quijote y Sancho al oír esto? ¿Cómo hubieran podido creerme por mi palabra, ni cómo les hubiera convencido nadie de que el viajero que así les hablaba había salido de Madrid á las ocho y media, no siendo en aquel momento más que la una y algunos minutos?

Y sin embargo, así era; y yo llevaba en mi baul, que atravesaba conmigo como una flecha aquellas vastas eriales, un elegante ejemplar del *Ingenioso hidalgo* impreso en Leipzig, comprado en París, y acompañado de una extensa biografía de Miguel de Cervantes.

¿Qué soberano puntapié le hubiera dado el tal de Cervantes al que dos siglos atrás le hubiera pronosticado esto, deteniéndole en el mismo sitio, tal vez por donde ahora pasaba la veloz locomotora!

Misterios son estos que pueden servir de ejemplo al más desalentado. Nadie debe desconfiar del porvenir, si reflexiona que uno de los hombres más célebres del mundo pasado, presente y venidero, no era en su tiempo más que un recaudador de contribuciones.

En estas y las otras, me olvido del viajero que se me adhirió en Alcázar.

Este nuevo compañero de viaje era un hombre sencillo, espontáneo á más no poder, y franco en extremo. Iba á la Roda á dar una vuelta por los almacenes de maderas de su principal, que vivía en Madrid y era muy rico; había servido en el ejército; estuvo en Aragón, donde había comido mucha fruta, que le gustaba mucho; tenía el sueño muy pesado; no le había atacado el cólera nunca, y tenía buenas relaciones.

Todo esto me dijo.

Pero no fué esto lo que más me sorprendió, sino cierto incidente de su vida que tuvo la amabilidad de contarme, y que me servirá de escarmiento. Toda conversación enseña algo, pero aquella sobre todas.

El viajero aquel había muerto y resucitado. Cualquiera de mis lectores que lo dude, podrá convenirse con solo pensar en una de dos cosas. En la medicina, y en los médicos.

Mi compañero de viaje, en sus tiempos de soldado, pescó una pulmonía madrileña, fué llevado al hospital, se agravó, los medicamentos no bastaron á curarle, y se murió.

Así lo aseguraron los médicos.

Pero hé aquí que una noche mi hombre abre los ojos,

se encuentra en cueros vivos, y cubierto de la cabeza á los pies con una sábana. «¿Y mi ropa?» Fué lo primero que dijo.

El enfermero que le velaba dió un salto, salió del cuarto como alma que lleva el diablo, y avisó que el muerto se levantaba.

Escusado es decir que acudieron en seguida los demás dependientes y comenzaron de nuevo á asistir al enfermo.

Dos horas más, y lo entierran.

—Desde entonces, me decía el viajero con una convicción temible, cuando me dice el médico que un pariente mio, ó un amigo, ó un conocido ha muerto, *no me fio*.

—Y hará Vd. muy bien, le dije yo, aun más convencido que él de que muchos muertos van al cementerio contra su voluntad, ó por no dar un feo al médico.

Aquí cesó la conversación, porque el viajero se quedó en la Roda con gran sentimiento mio.

Salía el sol.

¡Y yo le veía salir, por la primera vez de mi vida!

Si, por la primera vez, lo confieso. Muchos días, casi todos los del año, la luz del día penetra por los cristales de mi balcon y me dice que es hora de arrojar el libro ó la pluma, pero es la luz, el reflejo, no el sol. Porque el sol, que es más poeta que todos los poetas conocidos, no concede su primera mirada á las poblaciones, y su primera mirada es para los campos.

Salía el sol, redondo, encendido, sin rayos que impidieran á los ojos contemplarle. La luz solar no llegaba todavía á la tierra, y el astro parecía... ¿qué diré yo que no se haya dicho? parecía una gota de lacre.

Allí me sorprendió con extremo una cosa. En todas las estaciones nos habían salido al paso hombres y mujeres ofreciéndonos agua, aguardiente, azucarillos, leche y cosas así. En Albacete nos ofrecieron otro desayuno.

—Caballero, ¿quiere Vd. un puñal bueno?

¡Un puñal! Figúrense Vds. si esto me haría efecto. El señor coronel me aseguró que no valía dos reales, y aun así y todo me parecía caro para la hora en que estábamos.

Renuncié al desayuno, pero me pesó bien pronto, porque si en aquella estación no hicieron más que ofrecerme un puñal, en la fonda inmediata me dieron un veneno.

No me retracto, no. Tomé un chocolate, que mi amigo Picon hubiera dicho de seguro que era asfalto.

Poco á poco fué entrando el día, el paisaje fué siendo más pintoresco, los compañeros de viaje más espresivos, y mayor la velocidad de la máquina. Habíamos dejado ya la Mancha y sus horrores, la luz inundaba los campos, se veían árboles reunidos en grupos (cosa que me extrañó) y hasta distinguí entre las matas algunos conejos al pasar por delante de unos carrascales.

En *La Encina* hubo cambio de tren para Valencia; perdimos ¡ay! al caballero de los guantes oscuros, almorcé en compañía del señor coronel, que era una persona de afable trato y conversacion amena, y repuse comiendo lo que que perdí velando. Á poco, entre casitas blancas, plantaciones frondosas, baños juguetones y labradores valencianos, que á lo lejos parecían árabes con sus anchos calzones blancos y sus pañuelos puestos á manera de turbantes, se destacaron aquí y allá algunas esbeltas palmeras. Poco despues pasamos un túnel, subimos á la falda de montes vistosos; y al volver los ojos á la derecha vimos una estensa banda azul del color del cielo, sobre la cual se divisaban ligeros puntos blancos. ¡El mar!

La locomotora dió algunos silbidos especiales, el tren andaba más despacio, luego un poco más, en seguida se vieron casas, terrados, un castillo en lo alto de una montaña, se oyó ruido de coches y de gente reunida, se detuvo por fin el tren, y saltamos á tierra.

Estábamos en Alicante.

Me despedí del coronel y demás compañeros, y me arrojé en los brazos de Eduardo, uno de mis mejores amigos.

Eusebio Blasco.

## LAS NOTABILIDADES DEL DIA

EN TODOS LOS RAMOS.

### FERNANDO DE LESSEPS.

¿Buscáis el movimiento continuo? No os canséis en buscarlo, ya ha parecido: es Mr. de Lesseps.

Desde que se halla abierta la Exposicion universal ha hecho ya tres viajes, y la verdad es que no se pasa un mes sin que publiquen todos los periódicos del mundo esta noticia más ó menos variada:

«El 2 salió de Suez Mr. Fernando de Lesseps, el 3 llegó á Irmalia, el 4 al Cairo, el 5 á Alejandria, el 6 se embarcó y hoy se le espera en París, despues de haber pasado por Constantinopla, Viena, Trieste, Marsella y Lion...» casi toda la geografía política.

¡Puede darse mayor actividad! esclaman los ociosos.

Y los que desean verle se apresuran á ir á su casa al día siguiente de su llegada, y muy temprano, porque

nada tendria de particular que llegando á París el 9 por la noche, saliese el 10 de madrugada para dar un vistazo á las obras del istmo de Suez.

Figurémonos, lector, que quieres visitarle. Sales muy de mañana de tu casa, te diriges á la rue Richepeuse, entras por la puerta señalada con el número 9, subes tres pisos y llamas á la puerta de la izquierda.

Un segundo despues se abre la puerta y se presenta á tu vista un fantasma cubierto de franela gris y por añadidura con un arma en la mano derecha.

Un si es no es escamado, preguntas con acento tembloroso:

—¿Está visible Mr. de Lesseps?

—Soy yo, caballero, contesta el fantasma, guiándote al salon para hacerte en él los honores de la visita.

Con efecto, Mr. de Lesseps, despues de haber corrido la Europa, descansa, consagrándose un par de horas á la esgrima, su diversion favorita.

Esta actividad es el secreto de sus triunfos, y sin embargo, el gran hombre que ha unido el mar Rojo con el Mediterráneo no parece lo que es.

La actividad de su inteligencia y de sus piés contrasta con la calma de sus palabras y de su fisonomía.

—Es un zuavo agregado á una embajada, un español disfrazado de inglés, un volcan cubierto de nieve, ha dicho para caracterizarle un escritor francés.

En efecto, la nieve aparece sobre su frente porque sus cabellos blanquean, pero el cráter brilla en sus ojos pequeños, vivos, penetrantes, fosforescentes.

Cuando dice *quiero*, pronuncia esta palabra con tal dulzura, que nadie se apercebe de su vigorosa voluntad, y marcha con tanta tranquilidad hácia el obstáculo que quiere destruir, que por lo mismo que nadie espera que consiga su objeto, tiene á su lado el descuido de todos para triunfar.

Esto es lo que más ha hecho rabiarse al difunto lord Palmerston (Dios le tenga en su gloria) en el gran torneo que ha sostenido durante tantos años con Mr. de Lesseps, y en el cual ha salido este victorioso.

Los que suponen adivinar su fisonomía por sus actos se llevan un chasco de los más solemnes.

Un día fué un caballero á verle.

Como siempre, abrió él la puerta.

—¿Mr. de Lesseps?

—Pase Vd. y tome asiento.

El célebre ingeniero le introdujo en una sala, le ofreció una silla y los dos se sentaron.

El caballero permaneció silencioso largo rato.

De cuando en cuando miraba á Mr. de Lesseps y despues consultaba el reloj.

—¿Cree Vd. que tardará mucho tiempo en salir Mr. de Lesseps? dijo al fin.

—Si soy yo, caballero; contestó el ingeniero.

—No lo hubiera creído, se limitó á decirle su interlocutor.

No podia figurarse que el hombre que tenia delante fuese el que tanto espanto producía en Inglaterra.

Y sin embargo es tímido; tímido antes de resolverse: una vez resuelto, su voluntad es inquebrantable. Pero antes consulta sus ideas á todo el mundo, no oculta nada á nadie.

—No vivo en una casa de cristal, dijo un día á un amigo, porque no hallo un casero que quiera construirme una.

Aunque amable y bondadoso, se ha hecho temer de los salvajes con quienes ha tenido que tratar.

Para detener los trabajos preparatorios que dirigia en el desierto de Suez, sus enemigos prohibieron á los árabes que le llevasen agua. Mr. de Lesseps convidó á comer al *Cheik*, jefe de los árabes, y al llegar á los postres, mandó colocar doce botellas sobre una mesa. En seguida cogió un revolver y con doce tiros las destapó en menos de cinco minutos.

Esta elocuente pantomima produjo su efecto: el *Cheik* mandó á los operarios toda el agua que necesitaban.

Mr. de Lesseps es extremadamente simpático. Su elegancia, su habilidad, la dulzura de su voz, la enérgica sencillez de su frase, la modestia de su vida le han conquistado gran número de admiradores.

Nadie ha olvidado su heroísmo en Egipto durante la peste, ni en Barcelona durante la guerra civil.

¡Por eso tiene tan buenos amigos entre los catalanes!

En Roma hizo otro tanto durante la revolucion. Á pesar de todo se había retirado á cuidar sus tierras en el Indre, cuando Mahomed-Said-Pachá le llamó para abrir el istmo de Suez.

Aunque ha dirigido la empresa más colosal de los



TIEMPO  
ARADAS  
UNCIOS  
NICOLA EN ESPAÑA  
BAZAR DE CALZADO

CABOS SU  
El próximo número, la biografía nacional, que...

Proyectos para el porvenir.

Esta noche me declaro á Lolita... y en seguida nos iremos á Paris á pasar la luna de miel.

Mientras estaba sumido en estas tristes reflexiones, se abrió la puerta y dió paso á una mujer. Oí flotar los pliegues de su vestido. Un velo me ocultaba las líneas de su rostro. Avanzó lentamente y se paró delante de mí. Bien pronto el estremecimiento compasado de su pecho me hizo descubrir sus lágrimas, que se esforzaba en reprimir. Reconoció á Magdalena. No me había olvidado. La pobre niña sentía como yo que no podíamos separarnos así. Conmóvido con esta prueba de amistad, seguí con tierno interés sus menores movimientos. Cuando hubo dominado su emoción, arrimó un sillón contra la pared, y subió sobre este muelle para elevarse hasta mí. ¿Qué iba á hacer? Jamás la había contemplado tan cerca, jamás me pareció tan hermosa. Su aliento llegaba hasta mi cara. Magdalena me miró de una manera extraña, y arrancó de su seno una rosa recientemente cogida en las invernales del castillo. —¿Una flor para mí? la dije en un lenguaje que no entendí. —¿Olvidas que no soy nadie? Pero la jóven, prosiguiendo en su idea, aproximó la rosa, y con gran sorpresa mia, por medio de un alfiler la sujetó á mi botanadura. Después, con lágrimas en la voz y en los ojos, me dijo con un acento que no olvidaré jamás: —¡Adios! Creí que iba á animarme, pero una fuerza suprema me detuvo todavía. Alzó su velo, y en su sencillo dolor me

besó en la frente. Me quedé deslumbrado, confundido. Después de su partida, mi imaginación desolada me mostró las grandes salas vacías, el castillo sombrío, el parque desierto. Magdalena se llevaba consigo todas las alegrías de la casa. El sol mismo parecía seguirla; pues en el momento de traspasar el umbral desapareció rápidamente del horizonte. V. Cuando los amos hubieron partido, Antonio se ocupó del tesoro. Cerró todas las puertas por las cuales podía ser sorprendido, y puso manos á la obra. Asió el cofre por una de sus asas con la esperanza de sacarlo fuera del armario, pero fué tiempo perdido. Las venas de su cara y de su cuello se hincharon inútilmente. El cofre no se movió. Entonces cruzó los brazos un momento y se puso á reflexionar. Bien pronto, distinguiendo un cofre de menor dimensión, lo llenó y desapareció. Comprendí que quería transportar todas las riquezas en detalle. Por la duración de su ausencia juzgué que había ido á ocultarlas lejos de la casa. Esta operación se repitió varias veces, y estaba ya la noche muy avanzada cuando terminó su trabajo. Antonio enjugó su frente, tomó la lista de que había hablado al conde, y al resplandor de su linterna escribió varias palabras que no pude leer. (Se continuará.)

TEMPESTADES DE LA VIDA  
A LAS DOS PALABRAS  
(Continuación.)  
Cuando la puerta del tesoro se hubo cerrado: —Partid esta noche, dijo el intendente con voz conmovida. Mañana se habrán engañado en sus planes. Yo ocultaré el cofre. No sé todavía lo que decidirán las circunstancias. Si mañana no me he reunido con vos en la frontera, haré llegar á vuestras manos, por un mensajero seguro, en el lugar donde hemos convenido, la lista y la designación del sitio donde habré depositado el tesoro. Antes de alejarse, Antonio tomó la mano del conde y quiso llevarla á sus labios, pero este abrazó al fiel servidor con una efusión que me admiró, pues era orgulloso como el anciano. Era que en este momento había vuelto los ojos hacia la pequeña eminencia donde reposaba su padre, y me pareció que la vista de este poder, reducido á la nada, vino á enseñarle la humildad. De esta suerte huyó el conde, y Magdalena también, por consecuencia. ¿Se habían salvado? ¿Qué iba á ser de nosotros, privados de esta amiga, que hasta entonces no nos había abandonado? Todo el día se pasó sin noticias. ¡Ah! me decía yo, todas esas gentes, que hemos conocido, vedlas dispersas. Esos seres que han vivido cerca de nosotros tantos años, ¿los volveremos á ver?

tiempos modernos, no ha alterado en lo más mínimo la sencillez de su existencia.

Trabajar y viajar, explicar en todos los países en donde su pensamiento tiene sostenedores los progresos de las obras, luchar con Inglaterra, hé aquí su vida, sin que por eso haya dejado de cuidar sus tierras y de mejorar su yeguada, que es la que mejores caballos de raza árabe ha producido en Francia.

A pesar de las relaciones que le unen con los más altos personajes de Europa, no ha abandonado el tercer piso, en donde descansa de sus fatigas en el seno de su cariñosa familia.

Aunque está lleno de condecoraciones, prefiere á todas ellas la medalla que ha obtenido en un concurso regional por la Granja-modelo que ha establecido en su propiedad de la Chesnaie.

Mr. de Lesseps tiene la costumbre de intercalar en todas sus frases la muletilla: *hein?*

Esta pregunta pone en gran compromiso á sus interlocutores.

—¿Mañana partiré, *hein?* dice, ¿antes terminará la nota, *hein?* ¿y á mi vuelta hablaremos sobre el asunto, *hein?*

Esto me hace pensar en la escena que tendrá lugar cuando en el otro mundo se encuentren frente á frente Mr. de Lesseps y lord Palmerston.

¿No les parece á Vds. oír decir al primero:

—Muy bien, milord, ¿el istmo, *hein?* ¿lo hemos abierto ya, *hein?*

De seguro que lord Palmerston pierde ante estas preguntas la gravedad inglesa.

Gil Blas.

## CABOS SUELTOS

En el próximo número, la biografía de *Juarez*, jefe del partido nacional mejicano.

En la Exposición de París se ha presentado una máquina que en tres minutos tira cien tarjetas.

En un minuto tiro yo más... á la calle.

Rafael García Santisteban, que escribe en *El Imparcial* las crónicas domingueras, dice en una de ellas dirigiéndose al director de dicho periódico:

«Y aprovecho esta ocasión para manifestarte que en mi calidad de colaborador exclusivamente literario de tu periódico, nada tengo que ver con el chaparrón de libertades que nos deseas en tu programa político, y que fiel devoto de Santa Nómima (cuyos favores soleis ir buscando los periodistas por caminos estraviados), y perteneciendo á una carrera en que no he debido un solo ascenso al favor ni á mis merecimientos literarios, me abstengo completamente de tener matiz ninguno en la olla podrida de los partidos militantes.»

Hé aquí un empleado que escribe en un periódico político; que en sus escritos se permite llamar chaparrones á las libertades que pide el diario que le da abrigo; que satiriza á los partidos militantes, é intenta justificar su turrón con burlas inocentes sobre los periodistas, y que despues de todo esto dice que es redactor literario—y se sacude las zapatillas.

¿Ha visto Vd. mayor inocencia?

—Sabe Vd. que en los Campos Elíseos se abusa mucho de la pólvora?

—No vaya Vd. á creer por eso que la han inventado los propietarios.

El padre Sanchez empieza ya á publicar en *La Lealtad* las impresiones de su viaje á Roma.

Apenas llegó á Marsella, dice que lo llevaron á la aduana.

Afortunadamente no lo decomisaron.

El virey de Egipto manda cuarenta jefes árabes á que vean la Exposición.

Estos no podrán pagar á 10,000 francos las visitas como el Czar de Rusia.

Se ha repartido el cuaderno diez y ocho de la interesante y utilísima obra que con título de *Diccionario doméstico* continúa publicando nuestro querido amigo el Sr. Cortés.

Aunque parezca mentira, la última corrida de toros fué peor que las anteriores.

En el programa de una función de novillos, me doy de narices con este párrafo:

«4.º *Dos novillos embolados*, para que los aficionados puedan bajar á capearlos, escepto los ancianos y muchachos, para evitar desgracias.»

Es decir, que los ancianos son tan calaveras (iba á decir otra cosa) como los muchachos.

¡Estoy por faltarte al respeto, venerable ancianidad! Vayan Vds. luego á respetar las canas de los que dan motivo para esta clase de advertencia.

¡Si me río de coraje!...  
¡Qué país, y qué paisanaje!

En Recoletos:

—¡Ay, señorita, y qué guapa que es Vd.! ¡Quisiera ser aire para entrar de huésped en ese pechito!

—Llegaría Vd. tarde, porque todos los cuartos están ya alquilados...

En el Casino:

—Duque, hoy comerá Vd. conmigo en el Europeo.

—Imposible, estoy muy ocupado... prefiero dar á usted los dos duros.

Los baños.

Desde aquel hombre tan grueso

que, al mirarle tan obeso,

todos le llaman tonel,

hasta aquel otro doncel

que casi no tiene peso;

Desde la persona sana

del color de la manzana,

que á nadie envidia su físico,

hasta el confirmado tísico

que duda llegar á mañana;

Desde el triste pordiosero

que descansa por la noche

en un pajar ó granero,

hasta aquel que gasta coche

y está nadando en dinero,

Su vivienda desalojan

todos y el cuerpo remojan

en el agua de mil modos;

pues la verdad es que todos

de cabeza á ella se arrojan.

Las aguas medicinales

buscan otros con premura

para remediar sus males;

tal vez les sean fatales

y encuentren su sepultura.

Muchos de bizarro porte,

firmemente se persuaden

que el extranjero es su norte,

y abandonando la corte

dicen: A Vichy ó á Waden.

Mas la persona económica

que en el gastar es muy parca,

dice: ¡á Waden, Santa Mónica!

al río voy ó á una charca,

que el agua fría es muy tónica.

Enfermedad contagiosa.—Suele empezar con constipado y terminar con tifus.—Nadie se libra de ella.—Abro un periódico, y me habla de la Exposición; tomo café, y oigo al vecino que piensa ir á la Exposición; me acerco á una muchacha, y me expongo yo, ó ella. ¡Señor del cielo y de la tierra! ¿cuándo querrá su divina Majestad apartar de la mente y de la boca de los hombres la palabra exposición?

Esto es una fiebre, una pesadilla...

Láminas de la Exposición, figuras, descripciones, emblemas: ¡tengo la cabeza como una olla de grillos!

¿Y qué me importa tanta exposición?

¿Qué tengo que ver con lo que come el uno, con lo que compra el otro?

¿Os parece poco castigo eso de coger *Los Sucesos*, por ejemplo, y echarme á los ojos todos los días un grabadito de la Exposición?

¡Condenados eternamente á estos grabaditos!

¡No hay hombre que coma un mes seguido pichon asado, y quieren que comamos durante medio año grabado frito!

¡La muerte, ciudadanos, la muerte primero!

El pájaro.

SONETO.

¡Ves, Fábio, el pajarillo en la enramada que al despuntar el rosicler del día la infiel ausencia de consorte impía triste publica con su lengua arpada?

¡Véslo en torno girar de la morada que ora contempla en soledad sombría, y un tiempo dichas le brindó á porfía de tierna prole y de coyunda amada?

Así en mi soledad, ¡oh Fábio! lloro la ausencia de una infiel enamorado y en vano al cielo con mi canto imploro:

pájaro soy que gime abandonado como el del bosque, y para más desdoro, si él con plumas quedó, yo *desplumado*.

## PASATIEMPO

Solucion al Jeroglífico del número anterior: *La suerte no es más que para quien Dios marca.*

### CHARADAS

1.ª

En mis juveniles años usé *segunda y primera*, y hoy la *prima con tercera* tengo que aumenta mis daños.

*Segunda y tercera* fui, *prima y segunda* estudié; cuanto con ellas gané, más de mi *todo* perdí.

2.ª

Quien estudia la aritmética conoce *prima y segunda*; *cuarta y tercia* en el tejado jamás falta á casa alguna; agua la *quinta* te da; y mi *todo*, sin disputa, en la iglesia y procesiones le encuentras, no tengas duda.

(Las soluciones en el número próximo.)

## ANUNCIOS

### SOCIEDAD VINÍCOLA EN ESPAÑA

AVISO A LOS CONSUMIDORES

En la calle de Tetuan, núm. 3 antiguo y 23 moderno, si que el despacho de los vinos tintos añejos, elaborados en las bodegas de la indicada Sociedad, bajo la dirección de Mr. Montalieu. Dichos vinos están premiados con medalla de 1.ª clase en la Exposición de Bordeaux del año de 1865, y solo se espenden en el indicado despacho, el cual nada tiene de común con cualquiera otro que se anuncie con un título análogo al de esta Sociedad.—2

### ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martín, calle del Lobo, número 40, se glease toda clase de papel con la mayor prontitud y economía.

También se doran letreros é iniciales sobre cintas, petacas, carteras, etc. etc.

## BAZAR DE CALZADO

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y satén, charol y chágren, becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo más elegante de construcción alemana. Precios moderados.

## FÁBRICA DE CORSÉS

PREMIADA POR S. M.

Hortaleza, 1.

Á LAS DOS PALABRAS.

El corsé de esta fábrica lleva consigo la forma y propiedad de disminuir los vientres y de corregir las relajaciones.

### EFICACIA

DE LAS PÍLDORAS DEPURATIVAS LAXANTES.

La acogida que ha encontrado nuestro específico dentro y fuera de España, indica bien claramente su importancia. Nuestras píldoras son el purgante más cómodo, más suave, más eficaz y más barato que se conoce. Curan los padecimientos del estómago, los del hígado, los que proceden de la crasitud de la sangre, los que nacen de un estado pleórico y congestivo, ya sea del pulmón ó del cerebro, los aneurismas, las jaquecas, las hidropesías, la clorosis, la hipocondría, la inapetencia, los dolores nerviosos, los insomnios, el asma, las obstrucciones, etc.; destruyen la bilis, las lombrices, y proporcionan apetito, vigor y el sueño propio de la salud y el bienestar.

Puntos de venta: Madrid, Hortaleza, 9, botica; Cádiz, Jordan; Cáceres, Dr. Salas; Córdoba, Raya; Coruña, Moreno; Badajoz, Orduña; Leon, Merino; Lisboa, Cabral; Málaga, Prolongo; Mérida, Guerrero; Jaen, Alvaro; Oporto, Araujo; Toledo, Duque; Salamanca, Villar; Vitigudino, Fernandez; Zamora, viuda de Escera.—3

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.